

decirlo brevemente, Voltaire ostentaba las cualidades nacionales, y Rousseau, al revés, era un suizo, reconcentrado y sin penetración ni viveza, además de ser un vándalo, enemigo de adquisiciones tan francesas como las artes, el lujo, la elegancia, la finura, las industrias bellas y las gratas comodidades que hacen suave la vida. Y sólo por virtud del sentimiento exaltado y desatado contra la razón, contra la grandeza de Francia, Rousseau y no Voltaire fué quien se impuso a los nuevos tiempos.

Se me preguntará cómo pudo Rousseau contribuir a hechos al parecer contradictorios como la toma de la Bastilla y el Terror?

Veo yo en la aparente oposición de ambos episodios revolucionarios la mejor prueba de lo dócilmente que caminó Francia guiada por Juan Jacobo. El mismo proceso que siguió la Revolución, había seguido el ginebrino en el *Contrato*. Empezó por establecer la libertad del individuo frente al Estado: sin esa libertad absoluta, no se concebiría contratar. Ni aun admite Rousseau que se enajenen los derechos del niño que ha de nacer: hay que reservar la facultad de contratar por su gusto. De esta libertad sin límites, procede la igualdad sin restricciones, y la superioridad de la forma republicana, en que el pueblo se gobierna a sí mismo. Pero el contrato supone obligación: el ciudadano no es dueño de faltar a sus compromisos adquiridos, de traicionar la libertad y la igualdad, base de su ciudadanía.

Y el compasivo y humanitario Juan Jacobo, ante la hipótesis, fulmina nada menos que pena de muerte contra el transgresor. He ahí, en germen, la ley de sospechosos, el tribunal revolucionario, la guillotina funcionando día y noche. Y son los mismos que lloraron de placer al libertar a los cautivos de la Bastilla, los que, entre protestas de amor a la humanidad, surten de cabezas a la horrible máquina. ¿Quién no ve en ello peculiares fenómenos de la obsesión de un sofisma, que obscurece las nociones más sencillas de la razón y la lógica?

El gran error de Rousseau, justo es advertirlo, no fué suyo tan sólo ni suya la originalidad: toda la generación de filósofos de su época, empezando por los enciclopedistas, cayeron en el mismo. Es error de tal magnitud, que de él han ido derivándose todos los que vician el sentido social moderno. Y es error que va contra lo sólido y firme de la ciencia contemporánea y sus adelantos. Es error sentimental, que la menor inexperiencia, la más humilde y diaria, debiera corregir; pero hay que perder las esperanzas de que tal suceda, cuando, desde el siglo XVIII acá, no ha hecho sino extenderse, prosperar, impregnarlo todo con su jugo.

Este error, profesado como verdad y hasta como religión por tanto sociólogo, tanto escritor, sin hablar de las muchedumbres, para las cuales tiene halagüeñas seducciones, es el de la bondad natural de la especie humana, que nació con todas las propensiones buenas, pero a la cual la sociedad desmoralizó. Los instintos del hombre son sagrados; cuanto vaya contra ellos, es iniquidad y tiranía. Sentado este principio, la consecuencia inmediata es la apoteosis de la vida más natural y antisocial, que consideraban ser la de los salvajes. Por fatal necesidad, en pos de tal idea, viene la condenación de las conquistas civilizadoras: arte, ciencia, industria; cuanto embellece y presta dignidad a la existencia humana.

Según Rousseau, la virtud mengua a medida que crecen la sabiduría y la hermosura. ¿Qué entiende por virtud Rousseau? Sin duda lo que hoy se llama «libre juego de los instintos». ¿Y qué es ese «libre juego»? Cualquiera lo adivina fácilmente.

No podemos dar por perfectas las civilizaciones; todas tienen sus manchas, sus deficiencias; pero al compararlas con los tiempos primitivos y las islas y continentes donde el hombre no consiguió salir del estado salvaje, comprenderemos el absurdo de la tesis de Rousseau.

En primer término, la vida salvaje, que Rousseau cree tan conforme con la naturaleza, es ya una fase civilizada, relativamente al verdadero estado primitivo. El habitante de alguna región americana, que construye edificios, cultivaba la tierra, amasaba y decoraba y cocía el barro, tejía el algodón, realizaba lindas labores de plumaje, ostentaba collares de oro, adoraba a sus dioses en su templo, pintaba sus jeroglíficos, era un civilizado a su manera, no un hombre entregado sólo a la satisfacción del instinto; y acaso sus leyes y costumbres sujetasen ese instinto con tanto o más vigor que las de países doblemente adelantados; porque, a la larga, las civilizaciones muy avanzadas son favorables a la expansión individual. — Para Rousseau, un azteca sería un hombre de la naturaleza; pero un azteca, y un guaraní, y un maya, y hasta un otomí bárbaro, están ya a larga distancia del hombre en los primeros días de su ve-

nida al mundo, cuando desconocía, no el uso del hierro, que también se ignoraba en el suelo americano, sino hasta el del pedernal, y no poseía el fuego para calentarse ni un cuenco de barro en que beber.

He dicho que el error de Rousseau era desmedido, pero, ¡cuán insidioso! Al condenar la civilización, al dar por hecho que la bondad ingénita del hombre la pervirtió la sociedad, y al presentar a la sociedad, a la autoridad y a la tradición como vasta conjura de gente aprovechada que explota a las masas y al pueblo en ventaja propia, lisonjeó tendencias que también son muy naturales, y por muy naturales, cabalmente, piden represión y correctivo, para que no extravíen las pasiones, no menos naturales que las tendencias. Todo el que procede mal, puede, con estas teorías, echar la culpa a la sociedad madrastra, a las leyes de error, a la injusticia de las organizaciones; todo el que codicia algo, mujer o riqueza, poder o venganza, no ha de vacilar en el empleo de cualquier medio para apropiárselo. En haciendo lo que su instinto le dicte, en siguiendo la ley de naturaleza, estará en lo cierto, y si le sujetan, podrá alardear de víctima.

De nada sirve argüir que, justamente, todo lo bueno que se ha hecho en el mundo, se ha hecho, no diré rotundamente que contra el instinto, sino contra ciertos instintos; porque tampoco es exacto que, en la especie humana, no haya más que instintos derivados de la nutrición, la conservación y la reproducción. La obra lenta de la dignificación de la especie ha sido reducir tales instintos a su proporción justa, moderarlos y encauzarlos, otorgando cada vez mayores derechos al ideal. Si conociésemos bien la historia de los primeros pasos del hombre en la tierra, esa verdad se demostraría; pero la vemos confirmada, a cada instante, en el desarrollo histórico que podemos apreciar. Sin duda es la voluntad de vivir, enérgica e incontrastable, la que guía a los pueblos, a las razas, a los hombres; pero no escuetamente el instinto. Las necesidades humanas no pueden concretarse a las necesidades animales.

¡Ah! Ya sé que estas afirmaciones no están muy de moda... Son, sin embargo, las que nos permite formular lo poco que sabemos. Sabemos poco, pero al menos hay algo que sabemos de fijo: el hombre no es bueno naturalmente, ¡qué ha de ser!; cuesta mucho trabajo hacer que se conduzca como si lo fuese, y apenas alzada la compuerta que reprime sus instintos, lo que se desborda no es precisamente agua clara... Y me apresuro a explicar que esa compuerta, ese dique, no necesita ser de violencia; que no se arregla todo encarcando, ni ahorcando. Ese dique, y el más eficaz, es el sentido social, el contrato—adoptemos la palabra de Juan Jacobo—mediante el cual los miembros de la sociedad se obligan a defenderla. La reprobación terminante de ciertos actos, cuando es unánime, los impide, y esa reprobación severa no ha de reservarse sólo para los hechos de indisciplina, sino para los abusos y transgresiones de la autoridad. Si por un lado se disculpa y hasta se diviniza el instinto, brutal y criminal, y por otro se declara intangible la autoridad, ejerzase como se ejerza, la sociedad está herida de muerte. No podemos negar que esto ocurra, y que salta a la vista, en nuestra pequeña esfera de acción.

Volviendo a Juan Jacobo, le han erigido un monumento con bellas estatuas, obra, si no me equivoco, de Bartholomé, el autor del interesante monumento «A los muertos». Dada la manera de pensar del ginebrino, debieron sencillamente abrir una fosa y plantar en ella un árbol. Estas estatuas son arte... Sus cenizas estarán inquietas y quejasas.

Acaso sea anticipación del juicio definitivo de la posteridad sobre este hombre, la opinión severísima de Taine, en sus *Orígenes de la Francia contemporánea*: «En las teorías de Rousseau se nota el acento personal, el rencor del pobre plebeyo, que al venir al mundo se encontró todos los puestos ocupados y no supo crearse uno; que vive en concubinato con una doméstica, y pone en el hospicio a sus cinco hijos, y ha sido sucesivamente criado, empleado, vagabundo, preceptor, copista, y ha vivido a salto de mata, redimiéndose de la envidia por la bajeza, y cultivando, allá dentro, rancias amarguras contra los ricos y felices en este mundo, como si esa felicidad y esa riqueza fuese cosa que le robasen a él».

Hay mucho de verdad en la dura conclusión... Hecho el balance de Juan Jacobo, tal vez sea del número de aquellos de los cuales dijo Salomón que valiera más que no hubiesen nacido. Pero lo mejor sería que, a estos hombres, de indudable valía, sin impedirles nacer ni escribir, la humanidad los supiese juzgar, y no los tomase por mentores, sino, a lo sumo, por «activadores».

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con las fiestas, a decir verdad, no muy animadas ni estruendosas, de su segundo Centenario, ha vuelto a la superficie la figura compleja de Juan Jacobo Rousseau.

Nunca pudo decirse que estuviese olvidada, porque, desde nuestro punto de vista actual, no puede sernos indiferente un hombre que no cesa de influir, más que en el pensamiento, en el sentimiento contemporáneo. El influjo de Juan Jacobo es malsano, porque no cabe que deje de serlo lo que no está conforme con la realidad de las cosas; pero es tan malsano como enorme. Asombra lo que, en la vida moderna, procede del «ginebrino», y lo que ha cundido, no ya como mancha de aceite, sino como onda arrasadora de diluvios, un orden de ideas que no es más, si bien se mira, que la exteriorización de la sensibilidad peculiar de un enfermo y un loco.

Las locuras impulsan al mundo... La de Juan Jacobo ha producido (o, si no se quiere extender tanto los límites de su acción, que yo tengo por ilimitada, ha contribuido poderosamente a producir) los siguientes hechos históricos: La toma de la Bastilla; La Revolución del 93; El Terror; El romanticismo, con todas sus formas líricas, de las cuales dejó modelos; El socialismo humanitario; El anarquismo; El tolstoísmo, y lo que se ha llamado en Francia «la religión del humano sufrimiento».

De los libros que brotaron de la pluma de Rousseau, ninguno dejó de fermentar en el espíritu, ninguno dejó de abrir surco profundo, en el cual luego crecieron la cizaña y las flores venenosas, en denso matorral, en desbordamiento de enfermiza agitación.

De la *Nueva Heloísa*, arranca el movimiento romántico. En esa novela amorosa, que hoy nos parece enfática, falsa, hasta ridícula en muchos pasajes, están contenidas las que vinieron después y turbaron los corazones y modificaron la manera de amar y crearon la melancolía lírica y las rebeldías sentimentales. La dilatada progenie de la *Nueva Heloísa* cuenta, al lado de tanta gente oscura que sólo supo sufrir y morir, otra que supo cantar, endechar, escribir con energía dolorosa: Jorge Sand, Lamartine, Alfredo de Musset, Víctor Hugo (que es *rousseísta*, más aún que en el lirismo, en la identificación panteísta del bien con el mal, y que, al profesar en alta voz su simpatía hacia la ortiga y hacia la araña, no hizo sino aplicar teorías de su maestro, y maestro de todos).

Del *Contrato*, si no arranca incuestionablemente el hecho de la Revolución, proceden los principios que la dirigieron, el carácter especial que revestía. Una revolución que sólo afecte a lo material de un orden establecido tendrá siempre muy escasa importancia; ved la reciente de Portugal, las de algunas repúblicas hispanoamericanas: ¿supondrá nadie que modifiquen la marcha del mundo, que trastorren las conciencias? No; son sucesos, y nada más; porque si algunas, como la de Portugal que acabo de citar, pueden haber sido impulsadas por elementos intelectuales, no son estos elementos sino reflejo de aquellos otros que Juan Jacobo imprimió en el alma de sus contemporáneos, y que dieron por fruto la toma de la Bastilla, la proclamación de la república, y el Terror más tarde. Si se considera cuán opuesto a la tradición, a la dirección histórica que Francia había seguido siempre es todo ello, admirará doblemente la fuerza sugestiva de los no muy numerosos libros con los cuales obró este prodigio Juan Jacobo.

Voltaire, temperamento verdaderamente francés, poseía más equilibrio, más ingenio, más sensatez, más flexibilidad mental; obtuvo mayor renombre en Europa, y conocía el mundo, la sociedad, el movimiento de las ideas, mejor que el ginebrino. Para